

UNWELL

Un brindis con sadiki

por Enric González

Arabia Saudí no es, en un sentido intelectual, el país más estimulante del mundo. Suscita pocas ideas. Una de ellas, sin embargo, acaba clavándose en el cerebro. Resulta lógico que Steve Hindy, antiguo corresponsal de Associated Press en Arabia Saudí, se dedicara a fabricar la cerveza Brooklyn Lager en cuanto volvió a Nueva York. Evidentemente, esa es la idea: una cerveza. Casi todos los extranjeros añoran un trago en el país donde el trago está prohibido. En nuestro caso, la idea se hizo obsesiva: éramos corresponsales aburridos esperando una guerra, y nos parecía aberrante no poder tomar ni una copa antes de que empezaran los combates.

Steve Hindy pasó seis años en Oriente Próximo y dispuso de tiempo para aprender a fabricar cerveza artesanal. Nosotros, los enviados a la guerra del Golfo, tuvimos sólo unos meses. Internet no funcionaba y a nadie se le había ocurrido meter en el petate el manual del buen cervecero o, al menos, una simple receta para destilar. Eso nos condenó al sadiki.

Circulan leyendas terribles sobre el sadiki. Una dice que puede resultar muy tóxico; otra, que con el calor se inflama y produce una llamarada tremenda; otra, que provoca una resaca atroz. Puedo certificar que no son leyendas: es todo cierto.

Habíamos intentado comprar whisky en el mercado negro y contactamos con un empresario catalán que, de alguna forma, conseguía introducir “Johnny Walker” en el país. Los precios nos disuadieron: 250.000 pesetas de la época por una caja de seis botellas, más el viaje a Jeddah (nosotros estábamos en Dahrán, junto a la frontera con Kuwait, al otro lado del país), más el riesgo de la cárcel y quizá unos latigazos.

Sadiki, pues. Una enfermera inglesa nos dio la fórmula: hervir arroz, añadir levadura al agua, esperar a la putrefacción del mejunje (la enfermera avisó de que el aroma podía convertir en abstemio al dispósmano más feroz), filtrar, mezclar con cualquier refresco de sabor pronunciado (el sadiki sabe a rayos), beber con mucha moderación y soportar mansamente la resaca.

Decidimos que cada cual preparara sadiki por su cuenta, con la esperanza de que a alguno le saliera menos infame que a los otros. Quizá el mejor fuera el que se quedó en una terraza y ardió; nunca lo sabremos. Tras una cata cuidadosa,



© The Brooklyn Brewery

STEVE HINDY PASÓ SEIS AÑOS EN ORIENTE PRÓXIMO Y DISPUSO DE TIEMPO PARA APRENDER A FABRICAR CERVEZA ARTESANAL.

que requirió un cuentagotas y mucho ánimo, concluimos que los brebajes restantes empataban en asquerosidad. Ahora bien, el grado alcohólico era formidable. Pese al olor, al sabor y al riesgo de perforaciones internas, teníamos ya nuestro trago para cuando llegara el momento.

El 31 de diciembre de 1990 celebramos el fin de año con un ensayo general. Mezclamos una dosis muy prudente de sadiki (cada uno el suyo, para que en caso de accidente no se pudiera culpar a terceros) con limonada, cola o tónica, según los gustos, y brindamos por 1991. Al día siguiente seguíamos vivos. Pálidos y aturdidos, pero vivos. La cosa había funcionado. Ya podíamos esperar tranquilamente la guerra, que, si todo marchaba según lo previsto, había de empezar a partir del día 15 de enero, cuando expiraba el ultimátum de la ONU a Sadam Husein.

Y llegó el día 15. Algunos, demasiado nerviosos, renunciaron a la última copa. Se hablaba de guerra química y bacteriológica, de ataques con gases tóxicos y cosas así, bastante espeluznantes; cualquiera de esas amenazas, la verdad, podía relativizarse: bastaba olfatear los efluvios del sadiki para deducir que pocos gases habría en el

mundo más horribles que esos. Los que no renunciamos al trago previo a la guerra nos regalamos una buena cena y después, en una habitación de hotel, preparamos los combinados. Brindamos y bebimos.

La guerra empezó esa misma noche. El primer bombardeo me pilló durmiendo un sueño espeso. Antes de bajar a la calle, entre el estruendo de las sirenas, los aviones y alguna explosión lejana, llamé al cuartel general estadounidense para saber cómo estaban las cosas, más allá de lo obvio. Allí no habían amarrado ni siquiera las obviedades: “¿Ataque? ¿Guerra? Deme cinco minutos para averiguarlo”. Había dos explicaciones posibles para tanto despiste. Una, que el Pentágono hubiera subcontratado la información militar a un remoto locutorio de Bombay. Dos, que aquellos puñeteros americanos también le dieran al sadiki. ●

Enric González publica sus artículos en El País, periódico para el que ha sido corresponsal en Londres, París, Nueva York, Washington y Roma. Además es autor de *Historias de Londres*, *Historias de Nueva York* e *Historias del Calcio*, los tres editados por RBA.